

# LA NOVELA FILM

N.º 154

30 cts.



## DE COCINERO A GENERAL

POR  
JOHNNY HINES

593/545/487/452/412/404



HINES, Charles

# LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12  
Administración } Teléfono A 4423

BARCELONA

Año IV

N.º 154

## DE COCINERO A GENERAL

(The crackerjack, 1925)

Divertida comedia cinematográfica

interpretada por  
el simpático actor

JOHNNY HINES

---

Exclusivas FÉNIX

Rambla Cataluña, 46, pral. - BARCELONA

---

Con esta novela se regala la postal de  
ELINOR FAIR



Prohibida la reproducción  
Revisado  
por la censura gubernativa.

J. Horta, impresor - Barcelona

## De cocinero a General

Argumento de la película

Es Nueva York, ciudad en que por su bullicioso y diario trajín, pueden pasar desapercibidos algunos de los mundanales acontecimientos, aunque luego, por su importancia, éstos se hagan dueños absolutos del sentir y pensar de sus habitantes.

Una de las habitaciones de un modesto hotel de Nueva York, habíase transformado en terrible y misterioso centro revolucionario, por obra y gracia del espíritu inquietadoramente aventurero de Curro Pancho.

—¡La Cruz, símbolo supremo de autori-



dad dentro de nuestra organización revolucionaria!

Quien tales palabras pronunciaba era el propio Curro Pancho, al tiempo que mostraba a los reunidos una insignia esmaltada en azul, que tenía la forma de cruz. Luego dirigiéndose a uno de los enviados de sus adictos, en la lejana república de Esquardo, continuó la peroración, que hacía luengo rato duraba, diciendo:

—Puede asegurar a nuestros camaradas que Curro Pancho no falta jamás a su palabra. Ahora trato de atraer a nuestra causa al general fugitivo Mike Bannon.

"Si conseguís su apoyo habremos hecho una excelente adquisición.

"Mike está sediento de venganza porque nuestro enemigo común, el actual Presidente, lo desterró de Esquardo. Nos secundaría con todo entusiasmo".

Unos días después de lo transcrito sentados los revolucionarios ante la mesa de un restaurante, iban a decidir los últimos detalles referentes a la sublevación. Es importante hacer constar que habían acudido allí atraídos por el nombre famoso de Juanito Bizcotela, que era sin duda alguna el "as" de los cocineros devotos de San Lo-

renzo, o sea especialistas de la parrilla, el cual preparaba unas tortas que no tenían rival en todo el país de la Unión.

El general Mike Bannon, capaz de armar una revolución en un convento de capuchinos, tenía una hija, que a la sazón también se hallaba con él, llamada Rosa, guapa chica, más aficionada a las chucherías culinarias y a los cigarrillos orientales que a producir alteraciones en el orden público.

—No me fío, papá, de ese Curro Pancho. Si tú regresas a Esquardo yo iré contigo.

—Me han acusado —arguyó el general— de que yo conspiraba contra el actual presidente porque no era persona de mi familia. Necesito vengarme de esta indecorosa mentira.

Llegó en aquel momento Curro Pancho, el revolucionario, y con voz fosca les dijo:

—Todo está ultimado—. Para que sirva de almacén de armas y municiones me he quedado con una tienda de comestibles cercana a la costa.

Encargaron unos buñuelos. Juanito Bizcotela, que hacía su labor ante un escapate que daba a la calle, con objeto de atraer mayor cantidad de parroquia, al saber que aquéllos iban destinados a la seño-



rita que a él tanto le gustaba y que por otra parte eran asiduos concurrentes al restaurante, quiso esmerarse.

Pero no contó con que en un momento de distracción suya pudiera caerle en la masa una pelota de goma, con la que jugaban varios chiquillos en la calle. Y así sucedió. Y aquella torta fué a parar en el plato del terrible Curro Pancho, el cual empezó a masticar y seguramente lo hiciera hasta el día del juicio, a no ser que se atrevió a llevarse los dedos a la boca con la mayor finura y sacarse aquel objeto indomable como él mismo. Cuando vió que era un pedazo de pelota buscó en la torta que tenía ante sí, aun humeante, y halló los restos de aquélla.

—¡Camarero! — gritó furioso.

Acudió una camarera y a continuación el propio Juanito.

—¿Han creído ustedes que yo tengo un frontón en el estómago? — dijo desaforadamente dirigiéndose a la chica.

Juanito, caballero como era aunque cocinero, no podía consentir que la doncellita pagara los vidrios rotos.

—Haga el favor de ser más atento con las señoritas o me veré en la necesidad

de darle a usted una vueltecita en mis pa-rillas.

Curro Pancho que no admitía imposición de nadie, al oír las palabras de Juanito levantóse exaltado, y seguramente cometiera un desaguisado, a no ser que la cruz de la supremacía y el poder, que llevaba a guisa de dije, le quedara prendida en el mantel, arrastrándolo y cayendo platos y copas al suelo con un ruido estremecedor. Pero no fué esto lo peor para él, pues que la cruz, el reloj y el monedero quedaron colgantes del mantel.

El dueño del establecimiento al ver la pérdida que para él suponía tanta rotura, dirigióse a la camarerita y le dijo:

—En vista de que la ha tomado usted con la vajilla, queda despedida.

—Yo solo he sido el responsable. Des-cuente de mi sueldo lo que se haya roto.

Fué un nuevo rasgo de buen corazón que tuvo Juanito, y por el que obtuvo unas palabras de reconocimiento del dueño y de la camarerita, y una mirada y una sonrisa de ternura inefables, de la linda Rosa.

Luego, Juanito, en su cocina otra vez, recubierta por una amplia plancha de hierro, que era donde se hacían los buñuelos,



vertió la pasta con garbo, trazando unas letras que decían:

“Nunca la olvidaré”

y por las cuales Rosa se sintió muy halagada al comprender que iban a ella dirigidas.

Momentos después y cuando los revolucionarios hubieron partido, sentóse en aquella mesa un sujeto de mala catadura, el cual se encontró con las alhajas de Curro Pancho. Ni corto ni perezoso se dirigió al mostrador y dijo a Juanito Bizcotela, cocinero y cajero todo en una pieza:

—No tengo dinero para pagar, pero puedo dejarle en prenda este reloj.

—El reloj está paralítico y no anda. Prefiero que me deje el colgante.

El desahogado sujeto no tuvo inconveniente, pues tanto él como Juanito desconocían el poder inmenso de aquella cruz.

Aquel mismo día el cocinero tuvo una gran alegría, al recibir una carta de un tío suyo, que decía así:

“...y mi negocio de embutidos va cada día de mal en peor, no obstante la actividad con que quiero defenderlo. Si tú quieres, ven por aquí y estudiaremos la manera de resolver la situación.

Tu tío que te quiere

Jacobo Bizcotela”

Aquello comprendió Juanito que podría ser su liberación. Dejaría de ser el mejor bu-



—No tengo dinero para pagar, pero puedo dejar en prenda este reloj...

ñolero de Nueva York, pero también iba a llevar una vida menos expuesta a quemaduras.

\*\*\*

No es extraño que la llegada de Juanito montando un Ford soberbio, capaz de co-



rrer a 220 kilómetros hora, turbase la tranquilidad de los felices mortales que habitaban la hacienda donde Jacobo Bizcotela tenía instalada su fábrica de embutidos. Hay que convenir en que en el distrito industrial del tío de Juanito, establecido en Esquardo, se desarrollaba una actividad rayana en el vértigo.

Lo primero que halló fué al criado Romero — cuyo color obscurecido no era que estuviese negro de trabajar sino que así lo trajo al mundo su señora madre—, porque cuando el buen hombre había de trasladarse de un punto a otro una pierna pedía permiso a la otra para moverse.

No hizo caso de esto Juanito. Creyó que sería un defecto de raza, pero un poco más allá vió a su tío Jacobo que no dejaba de dar ejemplo en una hamaca y abanicándose las moscas con mucha parsimonia.

—Vendrás cansadísimo, sobrinito mío. Siéntate y reposa — fueron las primeras palabras de su tío.

Pero Juanito, que venía revestido de la actividad enérgica de Nueva York, le contestó:

—Estoy harto de estar sentado. Llévame a ver la fábrica de embutidos.

Una vez se hubieron trasladado a ella, que era un conglomerado de cosas malas, servido por una gran cantidad de obreros vagos, el tío le dijo:

—Como verás aquí todo se hace de prisa.

—¡No hay manera de hacer embutidos con esta calma, querido tío!

—Los libros y documentos que sirven de base a la fabricación de mis embutidos deben estar en la caja de caudales, que jamás está cerrada.

El chico se desesperaba.

—Este local sería más apropiado para instalar un museo prehistórico.

—¡Ah! Y la marca de la casa es esta vieja lechuga descabezada.

Juanito que ya había hecho el viaje y con él grandes gastos, vió que no había más remedio que quedarse allí y renovar lo todo.

—Tío. Aquí no cabe más que imprimir al negocio una gran actividad y hacer una fenomenal propaganda de los embutidos Bizcotela.

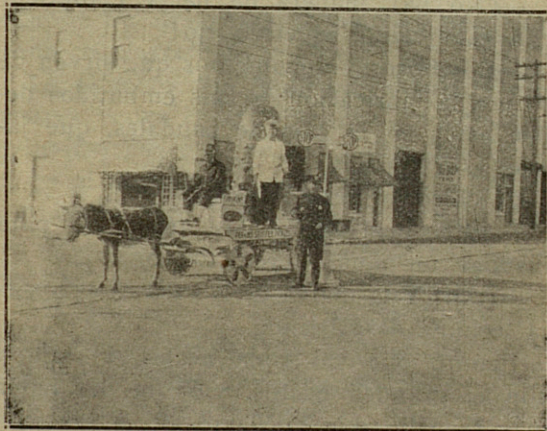
—Pero todo cuesta dinero.

—Aquí tienes el resguardo de mis ahorros. Me hago socio tuyo.

Bajo la dirección y con los ahorros de



Juanito la industria choricera se transformó rápidamente. Decidido a hacer una clientela numerosa y escogida, hizo construir un carro especial en el que figuraba un chorizo enorme y donde llevaba mues-



*...un carro especial en el que figuraba un chorizo enorme y donde llevaba muestras y propaganda...*

tras y propaganda de sus exquisitos productos, encargándose él mismo de recorrer todo el país de Esquardo, con objeto de que sus habitantes consumieran embutidos de la casa.

Y cuando lo tuvo todo preparado comenzó su campaña comercial.

El jefe de la revolución y el general Mike Bannon, dejaron a Rosa a la puerta de la tienda y le dijeron:

—Nosotros vamos a trabajar. Si algo sospechoso sucede avísanos dando tres golpes en la puerta.

Momentos después llegaba allí Juanito, quien al divisar a su adorada se dirigió hacia ella y para llamarle la atención dió tres golpes sobre un tablero. La chica volvió la cabeza y al ver quien era él tuvo una grata sorpresa y le dijo:

—¿Cómo se encuentra usted aquí, si yo le dejé en Nueva York dedicado al cultivo de la parrilla?

—He cambiado de oficio. Ahora soy fabricante de chorizos.

Y en pocas palabras le contó el moivo del cambio operado en su vida. Le dió a probar su mercancía, y en aquel momento salió su padre, que alarmado por haber oído los tres golpes, había subido precipitadamente de la bodega donde se hallaba.

Sorprendióle ver que no había ningún peligro, ya que su hija se hallaba en ami-



gable plástica con aquel desconocido. Rosa le presentó.

—¿No te acuerdas de este caballero, papá? Era el encargado de aquella pastelería



*La chica volvió la cabeza, y al ver quien era él, tuvo una grata sorpresa...*

a donde íbamos con frecuencia en Nueva York.

Le reconoció y le tendió la mano.

Juanito que no perdía de vista el objeto por el que rodaba el mundo, le dijo:

—Si me permite entrar le enseñaré los

distintos modelos de chorizos que podemos ofrecerle.

Así lo hicieron, pudiendo el excocinero mostrar la cantidad y categoría de su mercancía. Bannon que tuvo una idea, le dijo:

—Salgan un momento, que voy a consultarlo con mi socio.

Así lo hicieron y entonces, disimuladamente, Juanito pudo enterarse por un tragaluz que daba al sótano y frente al cual se había colocado, de que el socio del general no era otro sino el terrible Curro Pancho. Y oyó como este decía al general:

—Esto es para desesperarse. Dispongo de cincuenta mil cartuchos y no encuentro manera de hacerlos llegar hasta nuestros partidarios.

—Pues mira; he tenido la idea de que los chorizos podrían prestarnos este servicio.

Y le mostró como un cartucho entraba justo y quedaba bien recubierto con un chorizo. Llenos de alegría llamaron a Juanito, y el terrible Curro Pancho le dijo, muy amable:

—Supongo amigo Bizcotela que no se acordará de aquel disgustillo que tuvimos en Nueva York.



El general Bannon añadió:

—Nosotros tenemos veinte tiendas de comestibles que necesitamos proveer. Mándenos cincuenta mil chorizos de los más gordos.

Disimulando como si no supiera para qué los querían, redactó el pedido y cobró en el acto su importe. Cuando salió dijo a la bella Rosita:

—Sé que su padre y Pancho intentan la revolución y van a servirse de mis chorizos para hacer llegar municiones a los revolucionarios.

Y al ver que Rosa quedaba confusa ante estas manifestaciones, continuó:

—Pero por usted no quiero que su padre se vea metido en este lío, y yo me encargo de separarlo de Pancho.

—No sé si lo conseguiré. Mi padre quiere a toda costa darle un mal rato al Presidente por haberlo desterrado y separado del Ejército.

—Y Pancho, claro, explota en provecho propio estos deseos de venganza.

—De todas maneras, si usted me aprecia, Juanito, ayúdeme a evitar esta revolución.

Sin perder momento Juanito circuló un pedido:

“Querido tío:

“Envía cincuenta mil chorizos a nombre de Curro Pancho.

“Ahora toma nota de un nuevo pedido. Envía cincuenta mil chorizos pero alterando el contenido de la tripa. Coloca dentro de cada chorizo un cartucho de fusil, pero sustituyendo la bala por un trozo de queso manchego.

“Sobre todo procura no equivocarte. Los chorizos de los cartuchos deben venir dirigidos a mí”.

\*\*

Una vez en posesión de los chorizos, Pancho se apresuró a poner en práctica sus proyectos revolucionarios. Y en una camioneta repleta de cajas cuyo contenido era declarado como “chorizos” iban los cartuchos que habían de hacer triunfar la revolución. Cuando eran llevados a la estación un hombre se interpuso en su camino con tan mala fortuna que fué atropellado. Pero no fué un hombre sino un muñeco preparado por Juanito, que fué rápidamente sustituido por un hombre auténtico, que quedó en mitad de la carretera lamentándose a voz en grito.

El conductor de la camioneta y su com-



pañero, buenas personas, al fin, pararon el motor y se dirigieron hacia el herido, que resultó ser el negrito Romero, quien les dijo con voz angustiada:

—Llévame a mi cabaña, para que mi mujercita me cure.

La cabaña estaba algo lejos, y mientras duró su conducción una camioneta igual que la que había en la carretera surgió de tras unos cañaverales, portadora de los cincuenta mil chorizos con cartuchos inofensivos, siendo a su vez escondida en aquel lugar la que conducían los revolucionarios. La imitación era tan perfecta que nadie se dió cuenta del cambiazo. Juanito empezaba a cumplir la promesa que hiciera a su ya amada Rosa.

Una semana después nos hallamos en Cantarrana, capital de Esquardo y residencia oficial del presidente de la república.

Juanito tuvo necesidad de comunicarse con Rosa y mandó a su hotel a un mozo, enseñándole para mayor autoridad y demostrarle que él era un personaje, la cruz que en mal hora tomara del rufián neoyorquino. El mozo resultó ser un revolucionario, y sin perder momento se dirigió a la mansión señorial donde Pancho había es-

tablecido el cuartel general revolucionario.

Dijo a un soldado de la guardia:

—Avisa al amito Pancho que un norteamericano se va dando postín con su insignia.

Este se trasladó inmediatamente cerca de su jefe y le transmitió:

—Un norteamericano lleva su insignia y se hace pasar por vos para engañar a nuestros amigos.

Pancho se encolerizó:

—¡Ay del impostor! Al apoderarse traidoramente de esa sagrada insignia ha firmado su sentencia de muerte.

Tomó papel y pluma y redactó un escrito que al ser reproducido por la imprenta, debía causar sensación a todos los adictos a Pancho.

#### A MIS HERMANOS EN REVOLUCION

“Un norteamericano desaprensivo se ha apoderado de la insignia de nuestro jefe. Se os encomienda que traigáis a mi presencia al impostor, vivo o a pedazos.

Curro Pancho”

Y desde que el manifiesto llegó a conocimiento suyo, cada revolucionario se convirtió en perro podenco para husmear al ilegítimo poseedor de la insignia.



Con tan plausible motivo la circulación se le hizo a Juanito muy difícil, pues uno le vió la cruz colgando de la cadena del reloj, y dió la voz de alarma, viéndose perseguido en menos de lo que se dice por cuarenta o cincuenta panchistas sanguinarios.

Afortunadamente para Juanito era lo suficientemente ágil para no ser atrapado antes de tiempo, recurriendo para librarse de sus perseguidores al salto de pértiga, con un palo largo que halló a mano, y gracias al cual pudo con un magnífico salto trasladarse al balcón de una casa.

Los revolucionarios iban a asaltarla cuando uno de ellos les detuvo:

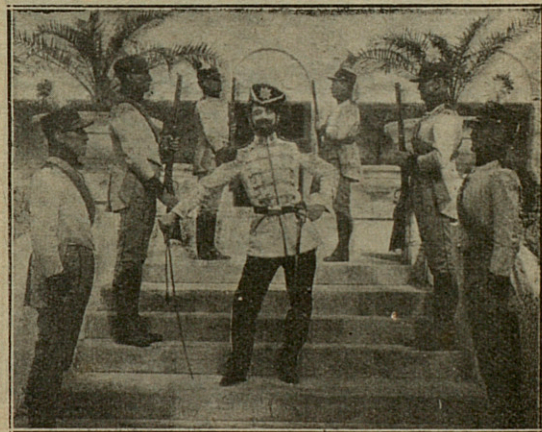
—Esta es la casa del general Hordes, compadrito. No podemos penetrar en ella.

Ya en el interior de la casa Juanito iba pensando de qué modo podría burlar a sus perseguidores, cuando acertó a entrar en el cuarto de baño y halló al general Hordes, tomando uno tibio.

La idea salvadora cruzó rauda por su mente. Encerró al general con llave dentro del cuarto de baño, púsose bigote y barba postizos, muy parecidos a los del general y después vistió su uniforme, con todo lo

cual logró un parecido muy semejante con el de Hordes.

Así transformado, y cumplidos sus deberes de cortesía con el dueño de la casa, Juanito hizo una salida digna de ser cantada en versos alejandrinos.



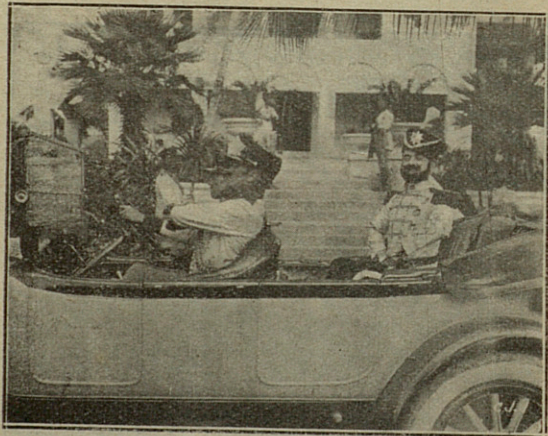
*...Juanito hizo una salida de casa del general Hordes, digna de ser cantada en versos alejandrinos.*

Fuera le esperaban la guardia revolucionaria y cuando le vieron salir, un automóvil que había ante la puerta de la casa hizo trepidar su motor y montó en él, satisfecho



de la jugarreta que acababa de hacer a los revolucionarios.

Aquella noche, Rosa había obtenido del Presidente de la república un perdón para su padre, y éste debía abandonar inmedia-



*Montó en el "auto", satisfecho de la jugarreta que acababa de hacer a los revolucionarios...*

tamente a los revolucionarios. Pero en aquel momento hallábase en el Palacio de Curro Pancho, junto con otros, conspirando.

Intentó penetrar en el palacio pero los centinelas no la dejaron pasar.

Acongojada por el fracaso de su tentativa, no sabía qué hacer, cuando encontró al negrito Romero. Le dijo:

—Necesito ver a mi padre inmediatamente y no me dejan pasar. Y este perdón será anulado si estalla la revolución sin que mi padre se haya presentado al Presidente.

—Buscaré al amito Juan y lo arreglará todo — repuso él lleno de optimismo.

Y efectivamente, momentos después paraba ante ellos un automóvil del que descendió un hombre muy uniformado y barbudo. Ordenó a los lacayos que le esperasen más lejos y se presentó a sus amigos, los cuales no le reconocieron hasta que se quitó la barba.

Entonces Rosa echóse a llorar y le dijo:

—¡Oh, Juanito! Soy muy desgraciada. Tengo un perdón presidencial para mi padre y no puedo hacerlo llegar a él, porque no me dejan entrar en el palacio donde conspiran.

—Ya entraré yo — dijo muy decidido.

—La señal — dijo Rosa — es llevarse los dedos a los labios haciendo una cruz.



No lo olvide, pues le podría costar la muerte.

Al ver que Juanito se introducía, gracias a su uniforme y a la señal que ella misma le había facilitado, en la residencia del terrible Curro Pancho, Rosa no pudo evitar que un temblor se apoderara de su cuerpo. Y dijo:

—Nunca olvidaré su rasgo heroico de exponer su vida por salvar a mi padre.



A la entrada del cuartel general revolucionario Juanito mostraba la famosa crucecita, creyendo estar a salvo con ello. Logró que efectivamente los centinelas que guardaban las puertas que iba atravesando le franquearan el paso, pero comunicaron la novedad al sargento, el cual inmediatamente fué a decírselo a Curro.

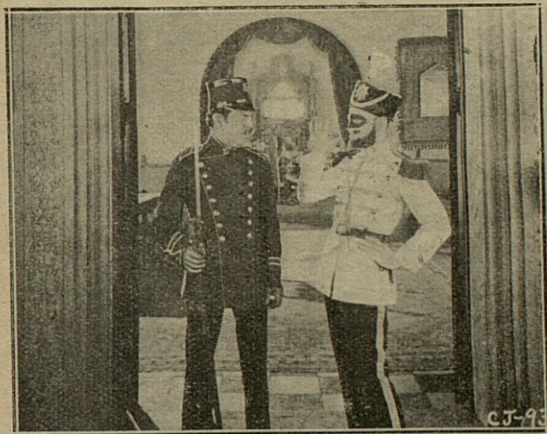
Cuando Juanito llegó al gran salón donde los conjurados celebraban su última sesión, hizo la señal convenida a Curro Pancho, quien le dió un cordial apretón de manos, continuando los reunidos sus conversaciones.

Ahora habló el general en jefe:

—Al amanecer, es preciso estar prepara-

dos. Nuestro primer ataque será contra el palacio presidencial.

Disimuladamente Juanito escribió unas líneas en un papel y lo tiró por la ventana, siendo abajo recogido por Rosa y el



*Juanito mostraba la famosa crucecita, creyendo estar a salvo con ello.*

negrito. Este tomó el papel y fué a llevarlo al presidente, mientras Rosa quedó esperando a la expectativa de nuevas noticias.

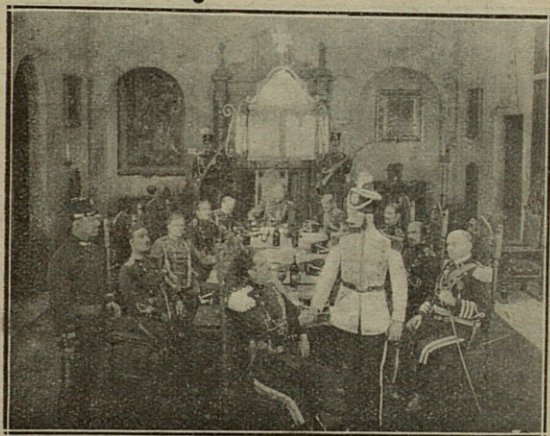
Juanito había realizado todas las manobras, pasando de arriba abajo del salón, y



no se dió cuenta de que entró el sargento, quien dijo a Curro:

—Puedo asegurarle que la insignia está en poder de uno de estos caballeros.

Presa de la mayor furia, Curro gritó:



*...hizo la señal convenida a Curro Pancho, quien le dió un cordial apretón de manos.*

—Entre nosotros se halla el traidor que se apoderó de mi insignia de mando supremo. Si la devuelve inmediatamente podrá salvar la cabeza.

Como nadie se dió por aludido, empuñó la pistola y prosiguió:

—Bien. Se hará un registro general y aquel a quien se le encuentre la insignia, morirá.

De nada sirvieron esta vez las artimañas de Juanito y el propio Curro le encontró la codiciada insignia. No obstante, su ingenio aun le proporcionó un sistema para evadirse momentáneamente y esconderse tras unos cortinajes. Todos los allí reunidos salieron en su persecución. Cuando iba a hacerlo el general Bannon se le apareció nuevamente y le dijo:

—Yo no soy general. Soy el cocinero que le servía pastelillos en Nueva York.

Al ver que no le creía, le enseñó un documento y continuó:

—He aquí el perdón del presidente que os confía el mando de sus tropas. Rosa me espera abajo. Y el Presidente, informado de lo que sucede, sólo aguarda a que la revolución estalle para apoderarse de Pancho.

Curro Pancho les sorprendió conversando amigablemente y sospechó que ambos eran traidores a la causa y los hizo detener, dando la siguiente orden:



—Que se les fusile al amanecer y este será nuestro primer movimiento revolucionario.

Al salir halló a la hija del general Bannon y como cómplice de su padre ordenó que la encerraran en los caramanchones de la Casa de Piedra.



A las primeras luces de la aurora los dos traidores fueron llevados al campo. Los primeros tiros de la revolución quiso tirarlos el mismo Curro con lo cual dió grandísimo susto a los dos hombres. Suerte para ellos que éste tenía muy mala puntería y después de hacer un par de disparos se dió por satisfecho encargándose del fusilamiento verdad los soldados. Sonó una descarga cerrada y Juanito y el general Bannon rodaron por el suelo. Los revolucionarios marcharon satisfechos, pues ya habían empezado la obra de destrucción.

Las balas, como sabemos no habían hecho efecto por ser de queso manchego, así que Juanito dijo al general:

—Ahora, usted debe irse al palacio del Presidente, y yo iré en busca de Rosa.

Los revolucionarios se dieron cuenta de que los "cadáveres" huían y les persiguieron con saña, extrañándose de que tantos disparos no lograran hacerles caer.

Casualmente Juanito halló medio de evitar aquella persecución, pues se encontró en la guerrera del general Hordes, una gran cantidad de tachuelas que fué sembrando por la carretera, y como las tropas revolucionarias iban muy mal calzadas, he aquí que al poco rato todos sus perseguidores se hallaban tendidos por el camino víctimas de las tachuelas.

Se encontró con el negrito quien le dijo el lugar donde se hallaba Rosa prisionera. No se arredró Juanito y sacando a relucir las grandes cualidades de su ingenio, logró arrancar de brazos de Curro Pancho a la niña, en el momento en que éste le decía:

—Si me promete ser mi esposa y olvidar al espía norteamericano, la pondré en libertad.

El terrible Curro cuando vió que aquel hombre le robaba también su amor, salió furioso en su persecución, poniendo en juego todos los elementos de que disponía, no



PASADO MAÑANA, JUEVES

aparecerá el libro 77 de la BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

## MALDAD ENCUBIERTA

por LON CHANEY, RENÉE ADORÉE,  
OWEN MOORE, etc.

¿HA LEIDO USTED YA

el libro 9 de las EDICIONES ESPECIALES

de

La Novela Semanal Cinematográfica?

## COBRA

por RODOLFO VALENTINO y NITA NALDI

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!



## *A los Lectores*

**P**IDA en todos los puntos de  
venta de España y a todos  
los Corresponsales, los números  
que le falten para tener comple-  
tas las colecciones de las publi-  
caciones de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

**!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!**

## *A los Corresponsales*

Le interesa tener stocks de todos los  
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios**

Pida  
detalles  
a

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**  
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta impresor. - Barcelona